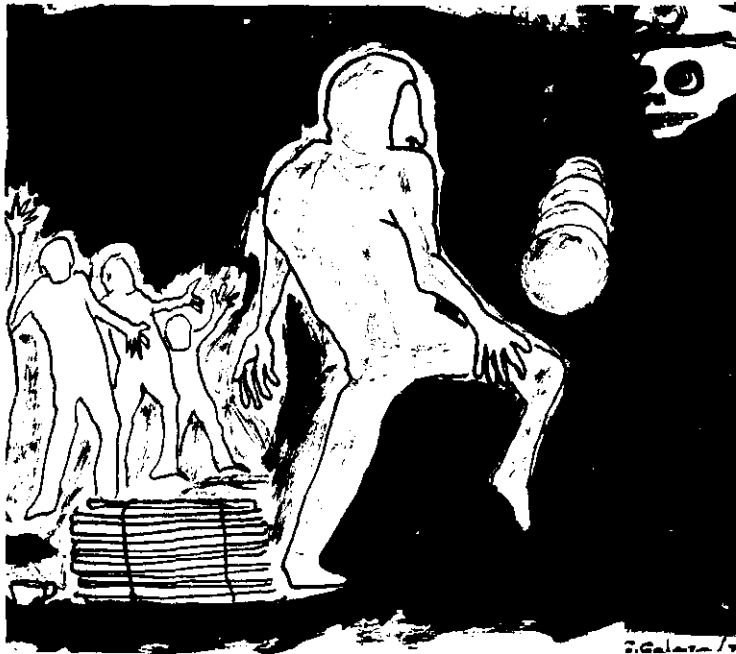


# ANGEL

Por: Galo Galarza



Preso de risas malabaristas  
una joroba de sal le cuelga de la espalda  
Domina con la frente un balón desinflado  
"Loco Angel", "Loco Angel", le gritan los granujas

Desde atrás de los ojos se le muere la tarde  
Dos hilos de baba le bajan de la boca  
y una sombra amarilla le sostiene la frente  
Treinta y tres

Ochenta y cuatro

Ciento uno

La cabeza se prolonga en cada golpe al cielo  
agita piernas

se sostiene en puntas

se arrodilla

Angel saca balones de la frente  
Angel saca balones de las manos  
Envuelto en trapos de colores  
Carrusel sin música

caramelo amargo

Angel Santana: en tu juego te cogió la medianoche.

El lecho de periódicos comienza a moverse, se desbarata su forma de alfombra, de sábana, de edredón. Aparecen unos ojos negros, achinados, brillosos, que se abren y se cierran al ser tocados por los primeros rayos de sol que poco a poco se van extendiendo a lo largo del portal. Desde adentro del montón surgen unas manos torcidas por la artritis. Manos de caoba, que en forma casi ritual van separando y doblando uno por uno los comercios, los tiempos, los telégrafos, los últimos; formando con ellos una parvita perfectamente alineada sobre la que coloca con un cuidado especial, como si se tratase de un objeto de cristal o de porcelana, una pelota de cuero desinflada. El cuerpo soñoliento de yergue, se arrodilla frente a la parva, toma la pelota con sus dedos torcidos y la besa. Rostro de mujer amada. Amiga solitaria y muda.

Quince cuerpos se mueven en el portal. Cinco niños con las camisas rasgadas y los pies descalzos, una familia de indios otavaleños, dos mujeres gordas, un borracho que todavía duerme tirado sobre el suelo al lado de su propio vómito y, al final del portal: Angel, Angel Santana.

Una vez que el grupo de niños ha recogido los periódicos sobre los que dormían, buscan el cuerpo que siempre está al final del portal y cuando descubren la silueta escuálida, envuelta en un abrigo negro que le llega hasta las canillas, comienzan a gritar: "Loco Angel, Loco Angel, ándate del portal que ya mismo viene el municipal": "loco Angel, loco Angel, ándate del portal que ya mismo viene el municipal". Los ojos del hombre se inyectan de rabia y entreabriendo los labios, dejando ver su boca totalmente desmuelada, les contesta balbuceando: "Hijueputas, hijueputas cállense", busca en el piso algo con que arrojar a los muchachos que siguen agitando brazos y piernas, haciendo muecas y gritando, pero no encuentra sino puchos de cigarrillos, unos dos vasos de plástico rotos y unas cuantas hojas de diario.

La mañana se ha extendido completamente. Se oyen los carros de la basura. Corren los primeros colectivos. "El Comercio", "Interesante el Comerciooooo", "Tiempooooo, Comerciooooo". Los canillitas van ofreciendo el diario a todos los que pasan. En la entrada del portal aparecen dos policías municipales que comienzan en forma brutal a patear los periódicos que están tirados sobre el suelo. Se acercan a la familia de otavaleños que todavía está sentada en el piso. Al indio casi anciano le golpean en un hombro: "Levanten vagos", "levanten antes de que les lleve presos", "afuera runas". Se acercan al borracho y uno de ellos empujándolo con el pie, le pone boca arriba, dejando expuesto al aire el torso desnudo del hombre que sigue roncando. "Otra vez el viejo loco ese. Hoy si que se jodió". Angel que tiene listo su equipaje: los periódicos amarrados, el atado de ropa envuelto y sujeto a una mitad de palo de escoba, al mirar que se acerca la pareja de gendarmes, levantando rápidamente los dos paquetes con una mano y con la otra tomando la pelota, se echa a correr por la vereda calle abajo y no para hasta llegar a la esquina, en donde voltea a mirar los dos municipales que ahora están preocupados en llevarse al borracho.

Con el pecho que se le salta hacia afuera, terriblemente agitado, va desfilando frente a los salones de la Veinticuatro, esperando que alguien le ofrezca una taza de café o un pedazo de pan. "Don Angel pase, venga a tomarse un cafecito", suena una voz desde adentro de un salón. Salta hacia adentro buscando el sitio de donde salió la voz: se trata de un estudiante flaco que está sentado en una mesa de la derecha: "Venga siéntese, le invito a un café". "Señora, otro café en leche". "Pero a ver don Angel, échese unas dominadas". El rostro del viejo cambia, se contrae, los ojos le brillan, aprieta los labios arrugados y lentamente, va dejando sobre el piso del salón, primero el atado de periódicos, después el de ropa; entonces, toma la pelota con las dos manos, la arroja hacia el cielo raso y la recibe con la cabeza. Cabeza de nido, envuelta en cuatro gorras de lana y una media nylon.

Cabeza mágica. Impulsa hacia arriba el balón una y otra vez, se arrodilla y sigue recibiendo e impulsando el balón con la cabeza, se sienta, siempre impulsando y recibiendo el balón; así, durante cinco minutos: parándose, arrodillándose y sentándose. La dueña del salón pasa con las tasas y los platos a través de él sin ningún temor, sabe que "al loco" no se le caerá el balón.

- Ya está bien don Angel, siéntese a tomar el café.

La voz del estudiante rompe el encanto, don Angel recibe la pelota con las dos manos, la besa y la coloca sobre el atado de ropa. Se sienta con una cara de agradecido, mira fijamente al estudiante, mientras va remojando los pedazos de pan en la taza de café en leche y se los lleva a la boca desdentada.

La fila de carros se desliza lentamente por la Guayaquil. Río de ruedas, de latas, de humo de escapes. Las bocinas en coro van llenando el ambiente. Pitazos de los policías en las esquinas. Olor y ruido urbano, metropolitano, sucio. En una esquina los pitazos aumentan, se oyen gritos, las miradas de los automovilistas se concentran en un punto de la calle: Angel sacando balones de la cabeza, de los hombros, de las rodillas. Sobre la vereda un jarrito de lata se va llenando de monedas que son arrojadas por la gente que pasa a su lado: "Buena don Angel", "dele", "eso, así". Dos niños van contando cada balón que sale del cuerpo del mago: "veinte, cuarenta y cuatro, cien y uno".

Don Angel no para, alrededor suyo se concentra un grupo de curiosos. Dos gringos toman fotos. Los niños gritan emocionados mientras van coreando número tras número. El rostro del viejo serio, templado, bañado en gotas de sudor negro que le bajan por las sienes, por la frente, por la nariz. "Doscientos dos", "trescientos cuatro". Las caras de la gente que lo rodean se van alternando: la de un turista yanqui es ocupada por el rostro rosado de un oficinista gordo, el de un viejo por el de una secretaria, el de un niño por el de un taxista barbado. Desde los autos surgen silbidos, ojos que se clavan en los vidrios laterales de los colectivos, manos que saludan al malabarista.

Cuando los niños gritando corean: "Quinientos", el rostro del viejo se altera y estirando las manos al aire recoge el balón y lo besa. La magia termina. Los niños aplauden. El río de carros sigue bajando por la Guayaquil. Don Angel respira por la boca, se seca el sudor de la cara con la manga del abrigo de paño negro que le llega a las canillas. Se frota las manos, los hombros, los muslos. Baja la mirada y la coloca sobre el jarrito lleno de monedas. Mira a los lados, a la gente, a los carros que siguen pasando, a las manos que se agitan pidiéndole que continúe, sobre todo queda mirando a los niños, les sonrío. Recoge el atado de periódicos, se tira el bulto de ropas al hombro, coloca el balón bajo el brazo izquierdo y se va calle arriba, seguido por el grupo de niños que van saltando y gritando tras suyo.

El lecho de periódicos permanece inmóvil. La claridad ha ocupado totalmente el portal. El frío se mantiene igual que durante la noche. Junto a los cuerpos se pueden ver restos de una fogata improvisada que se fabricó en la noche. Cae sobre la ciudad una llovizna pareja. El cielo gris. Uno que otro carro pasa por la plaza, desbordando hacia las veredas los charcos de agua que se han emposado en las calles. Los cuerpos que duermen en el portal se han juntado para protegerse del frío. Cuerpos entumecidos. Las manos y los rostros de los niños están morados. Las caras de la familia de otavaleños están cubiertas por un poncho negro. Las mujeres se han abrazado y permanecen con las narices pegadas.

A la misma hora, como todos los días, aparecen en el portal los dos municipales. Permanecen por un momento contemplando la fila de cuerpos dormidos. Se envuelven las correas en las manos y comienzan a descargar correazos y patadas sobre el grupo. Los periódicos vuelan partidos por el suelo. Los niños despiertan llorando, protegiéndose la cabeza con las manos.

El poncho negro que cubría los rostros de los otavaleños es arranchado por el gendarme y caen sobre las caras del indio viejo, de la india vieja, de los tres muchachitos indios, fuertes correazos que les hace abrir los ojos cubiertos de lágrimas. Las mujeres se separan y recogiendo sus reverberos, sus dos canastos, se echan a correr envueltas en sus chalinas negras. Sólo un cuerpo permanece inmóvil.

Los dos sabuesos se acercan el bulto envuelto en gorras de lana, en un abrigo de paños, en hojas de periódico: "Al fin viejo loco", "al fin te pudimos agarrar". Descargan dos patajos sobre la joroba del viejo, pero el bulto permanece inmóvil, entonces uno de los municipales volteo el cuerpo y aparece el rostro de Angel Santana cubierto de una expresión que nunca antes usó: el rostro contraído, seco, distinto de cuando elevaba la pelota al cielo; los ojos perdidos, inmóviles; los labios separados que dejan ver una lengua morada-remordida entre las encías del viejo. Junto al cuerpo inerte descansa el atado de ropa y la pelota. Ultimos testigos. Las caras de los municipales cambian, se asustan. Se sacan las gorras. Los niños se van acercando lentamente al cuerpo muerto y lo van rodeando. Nadie se atreve a decir palabra. De pronto, el niño más pequeño comienza a murmurar entre dientes: "Loco Angel, loco Angel ándate del portal que ya vino el municipal, "loco Angel, loco Angel, ándate del portal que ya vino el municipal", "loco Angel... "